



Cultura y afectividad

*Aproximaciones antropológicas
y filosóficas al estudio de las emociones*

EDITH CALDERÓN RIVERA
Y ANTONIO ZIRIÓN PÉREZ

Coordinadores

Cultura y afectividad

*Aproximaciones antropológicas y
filosóficas al estudio de las emociones*

COLECCIÓN
ENFOQUES CONTEMPORÁNEOS
NÚMERO 4



DIRECTOR GENERAL
Gustavo Peñalosa

DIRECTOR
DE PUBLICACIONES
Rubén Mendieta

DIRECTOR EDITORIAL
Marcos Daniel Aguilar

DIRECTORA DE
ARTE Y DISEÑO
Patricia Reyes



RECTOR GENERAL
Eduardo Peñalosa Castro

SECRETARIO GENERAL
José Antonio de los Reyes Heredia

COORDINADOR GENERAL DE DIFUSIÓN
Francisco Mata Rosas

DIRECTOR DE PUBLICACIONES Y
PROMOCIÓN EDITORIAL
Bernardo Ruiz López

SUBDIRECTORA DE PUBLICACIONES
Paola Castillo

SUBDIRECTOR DE DISTRIBUCIÓN
Y PROMOCIÓN EDITORIAL
Marco A. Moctezuma Zamarrón

UNIDAD IZTAPALAPA

RECTOR
Rodrigo Díaz Cruz

SECRETARIO
Arturo Leopoldo Preciado López

DIRECTOR DE LA DIVISIÓN
DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
Juan Manuel Herrera

JEFE DEL DEPARTAMENTO
DE ANTROPOLOGÍA
Antonio Zirión Pérez

RESPONSABLE EDITORIAL
Norma Jaramillo Puebla



CULTURA Y AFECTIVIDAD

*Aproximaciones antropológicas y filosóficas
al estudio de las emociones*

EDITH CALDERÓN RIVERA
Y ANTONIO ZIRIÓN PÉREZ
Coordinadores



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA/División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Antropología



Cultura y afectividad: aproximaciones antropológicas y filosóficas al estudio de las emociones / Edith Calderón Rivera y Antonio Ziri6n P6rez, coordinadores. -- M6xico: Universidad Aut6noma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Divisi6n de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Antropologfa: Ediciones del Lirio, 2018 1a. edici6n

388 p.; ilustraciones 16.5 x 23 cm
ISBN UAM Colecci6n: 978-607-28-0901-7
ISBN UAM: 978-607-28-1437-0
ISBN Del Lirio Colecci6n: 978-607-8569-03-8
ISBN Del Lirio: 978-607-8569-44-1

T. 1. Emociones (Filosoffa) T. 2. Emociones (Antropologfa)

BF531 C85

Primera edici6n, noviembre de 2018

Cultura y afectividad. Aproximaciones antropol6gicas y filos6ficas al estudio de las emociones
Edith Calder6n Rivera y Antonio Ziri6n P6rez (coordinadores)

Cuidado de la edici6n: Ediciones del Lirio, S.A. de C.V.
Correcci6n de estilo: Gustavo Pealosa
Diseo de colecci6n: Patricia Reyes
Imagen de portada: Fragmento de la pintura de Joseph Mallord William Turner, *Snow Storm* (1842), 6leo sobre lienzo, 91 x 122 cm.

© Universidad Aut6noma Metropolitana
Prolongaci6n Canal de Miramontes 3855,
Col. Ex Hacienda de San Juan de Dios,
Delegaci6n Tlalpan, C.P. 14387, Ciudad de M6xico
Unidad Iztapalapa/Divisi6n de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Antropologfa, <antropublicar@gmail.com>
Tel. (55) 5804 4763 / (55) 5804 4764 / Fax (55) 5804 4767

©Ediciones del Lirio S.A. de C.V.
Azucenas 10, Col. San Juan Xalpa, Del. Iztapalapa
Ciudad de M6xico, C.P. 09850
www.edicionesdellirio.com.mx

ISBN Colecci6n UAM: 978-607-28-0901-7
ISBN UAM: 978-607-28-1437-0
ISBN Colecci6n Del Lirio: 978-607-8569-03-8
ISBN Del Lirio: 978-607-8569-44-1

La presente publicaci6n pas6 por un proceso de dos dict6menes (doble ciego) de pares acad6micos avalados por el Consejo Editorial del Departamento de Antropologfa, que garantizan su calidad y pertinencia acad6mica y cientffica.

INDICE

PREÁMBULO	11
<i>Antropologfa filos6fica y afectividad</i> Antonio Ziri6n P6rez	
UNA INTRODUCCI6N	21
<i>Emociones, pasiones, sentimientos y afectos</i> Edith Calder6n Rivera	
I. EMOCIONES EN MOVIMIENTO Y EXPERIENCIAS URBANAS	
CAPÍTULO I	43
<i>Movilidades emocionales y la economfa polftica del afecto bajo regfmenes de automovilidad</i> Catherine Lutz	
CAPÍTULO II	65
<i>Memoria y afecto en el caminar urbano</i> Miguel 6ngel Aguilar Diaz	
CAPÍTULO III	87
<i>Emociones y movimientos sociales</i> Margarita Z6rate	
II. PODER, VIOLENCIA Y EMOCI6N	
CAPÍTULO IV	107
<i>El juego de las emociones: de la pasi6n al feminicidio</i> Myriam Jimeno	

CAPÍTULO V.....	141
<i>La dimensión afectiva: del amor y sus valencias</i>	
Edith Calderón Rivera	

CAPÍTULO VI.....	171
<i>El dolor de migrar: dos mujeres desplazadas por la violencia en Ciudad Juárez, México</i>	
Florence Rosemberg	

III. AFECTIVIDAD, CREATIVIDAD Y CONOCIMIENTO

CAPÍTULO VII.....	201
<i>Las emociones en la ciencia y en el arte. Una aproximación desde la teoría de la experiencia de John Dewey</i>	
Cristina Di Gregori y Ana Rosa Pérez Ransanz	

CAPÍTULO VIII.....	217
<i>El papel de las emociones en la deliberación sobre riesgos</i>	
Miguel Zapata	

CAPÍTULO IX.....	241
<i>Las emociones en la interpretación de las ficciones científicas</i>	
Ana Luisa Ponce Miotti	

CAPÍTULO X.....	255
<i>El componente afectivo de las metáforas científicas</i>	
Rubén Sampieri Cábal	

IV. NARRATIVAS, SIGNIFICACIONES Y ARTIFICIOS

CAPÍTULO XI.....	267
<i>Narrativas del yo y poéticas de la esfera íntima</i>	
Francisco Cruces	

CAPÍTULO XII.....	299
<i>Emosignificaciones. Un ensayo antropológico sobre las emociones significadas</i>	
Abilio Vergara Figueroa	

CAPÍTULO XIII.....	349
<i>Afecto y artificio en América Latina</i>	
Denilson Lopes	

COORDINADORES Y AUTORES.....	381
------------------------------	-----

CAPÍTULO II

Memoria y afecto en el caminar urbano

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR DIAZ¹

La memoria, como la mente, no se puede imaginar sin la dimensión física; imaginarla como un lugar físico es convertirla en un paisaje en el cual se ubican sus contenidos, y lo que tiene una ubicación es accesible.

Es decir, si la memoria se imagina como un espacio real – un lugar, un teatro, una biblioteca – entonces el acto de recordar es imaginado como un acto real, es decir, como un acto físico: como caminar.

REBECCA SOLNIT, *Wanderlust, Una historia del caminar*, p. 77

Introducción

Al realizar entrevistas como parte de una investigación que buscaba entender la relación entre corporalidad y vida urbana a través del análisis del caminar en la ciudad, había un tema no previsto inicialmente y que sin embargo surgía de manera persistente. Preguntábamos sobre los trayectos cotidianos en la ciudad y nos contaban relatos en que se entrelazaban lugares con horarios y medios de desplazamientos. Siguiendo la guía de entrevista indagábamos sobre los sitios preferidos para andar, cómo eran y qué sensaciones había durante el traslado. En el diálogo sobre los temas anteriores se hablaba sobre un antes y un ahora, recuerdos de infancia, se señalaba lo que persiste y las ausencias en el barrio o la colonia en que se reside. Todo

¹ Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Departamento de Sociología.

eso claramente abría una dimensión de análisis imprevista inicialmente, la referida a la temporalidad y la memoria en el desplazamiento por la ciudad, y al papel que este conjunto de evocaciones y recuerdos tiene en la configuración tanto de un sentido del lugar como de la significación misma del acto de caminar.

El objetivo del capítulo es el de explorar el papel que juega la memoria en el ejercicio pedestre urbano. La idea es abordar el vínculo entre memoria y lugar y analizar su relación mutua. Igualmente, reconocer de qué manera la dimensión afectiva entra en juego en esta relación. El trabajo está dividido en tres partes; en la primera se aborda el tema de la memoria, lo afectivo y la significación; en la segunda se plantea la relación entre memoria y lugares en la urbe, para finalmente pensar, desde entrevistas realizadas en la Ciudad de México, sobre las maneras en que se configura la relación entre el caminar, la memoria y la dimensión afectiva. El trabajo de campo que aporta el material empírico para este texto consistió en la realización de entrevistas "caminantes" y a profundidad, a personas de diferentes estratos sociales, edades y áreas de residencia en la Ciudad de México. Igualmente se procuró que la proporción entre hombres y mujeres entrevistados fuera semejante. Al hablar de "entrevistas caminantes" me refiero a la situación de acompañar a los entrevistados en algún desplazamiento que para ellos fuera relevante, sea por su repetición diaria o por una afinidad personal con el recorrido. En total se realizaron entrevistas a dieciocho personas, en ambas modalidades: a profundidad y "caminantes". Igualmente se hizo un registro fotográfico para documentar los recorridos.

La memoria, afectos y significado

En primera instancia cabe señalar que la perspectiva de análisis que se seguirá en este texto parte de reconocer la memoria como un proceso social orientado por el significado. Implica esto que interesan pautas de análisis en las que el acercamiento a la memoria no se refiere a la cantidad o exactitud de información retenida, sino a una

evocación de eventos en los que estos toman sentido considerando un contexto y prácticas comunicativas.

Frederic Bartlett fue uno de los primeros psicólogos en reconocer que aquello que articula los recuerdos es su inserción en un conjunto de acciones. A esto lo llamó esquemas y remite a la idea de una organización activa de respuestas que emergen al ponerse en contacto con una situación semejante experimentada en el pasado, en donde importa el esfuerzo en pos del significado (véase Mendoza, 2014: 34-35). No es entonces un estímulo presente que remite a otro estímulo ya ocurrido, sino el conjunto organizado de ellos que remite a una situación semejante, en donde el punto de articulación entre ambos está dado por el significado atribuido a ambas situaciones. Dice Bartlett: "en su forma esquemática, el pasado funciona en bloque, o más esquemáticamente, casi totalmente en bloque, porque los componentes que llegan en último lugar y a la hora de construir un esquema tienen una influencia predominante" (citado en Mendoza, 2014: 34).

Importa entonces pensar en actos de memoria no como repeticiones o enumeraciones de atributos o datos, sino como actos relacionales en donde aquello que se recuerda lo es a partir de su capacidad para insertarse en un contexto particular. Por tanto, aquello que es recordado no es una sola cosa o evento, sino una red de relaciones. Es así entonces como es posible reflexionar un recuerdo como un acceso a algo más que al mismo dato. Marcel Proust en *Por el camino de Swann*, primer tomo de *A la búsqueda del tiempo perdido*, escribe "Cuando, de un pasado antiguo nada queda, después de la muerte de los seres, después de la destrucción de las cosas, solamente, más delicados pero más vivaces, más inmateriales, más persistentes, más fieles, el olor y el sabor permanecen todavía más tiempo, como las almas, a recordar, a esperar, sobre la ruina de todo lo demás, a llevar sin debilitarse, sobre un goteo casi impalpable, el edificio inmenso del recuerdo" (Proust, 1972: 61). El poder de un elemento evocativo, en este caso sensorial e intangible, es capaz de generar y sostener ese "edificio inmenso del recuerdo" en donde el dato recordado abre una dimensión significativa por explorar.

Por otro lado, la idea de memoria como un proceso relacional toma mayor fuerza al momento de considerar el concepto de me-

moria colectiva, acuñado por Maurice Halbwachs. El autor elabora un conjunto de planteamientos sumamente pertinentes para definir la memoria como producto social. De manera sintética, casi enumerativa, podemos señalar los siguientes elementos contenidos en el libro *La mémoire collective*:

- La memoria no es el pasado, sino su reconstrucción desde el presente.
- Nuestros recuerdos no son enteramente nuestros, son compartidos por los miembros del grupo al que pertenecemos. Este grupo nos presenta los recuerdos compartidos.
- Un recuerdo no solo es la reconstrucción de un suceso, es también su reconstrucción de *cierto modo*, y esta dimensión estética o de estilo es elaborada y actualizada en común por los miembros de un grupo.
- El espacio, la disposición y localización de objetos y estructuras tiene un sentido inteligible para los miembros de un grupo, ya que se corresponde con la estructura de la vida de su sociedad.
- La estructura material de un espacio, las piedras, están íntimamente vinculadas con la "Sucesión de imágenes materiales que representan los objetos exteriores" (Halbwachs, 1968:137).²

Este conjunto de postulados marca la relevancia del vínculo entre memoria social y espacio. A partir de estas ideas de base, a las que se volverá más adelante, es también posible reflexionar sobre el propósito explícito de dotar al lugar de un vínculo con un elemento del pasado que se busca enfatizar. Tal sería el caso de la intención de

² El párrafo en donde está contenida la cita es particularmente elocuente. Lo transcribo en extenso. "Si, entre las casas, las calles y los grupos de sus habitantes, no existiera sino una relación accidental y de corta duración, los hombres podrían destruir sus casas, su barrio, su ciudad y reconstruir sobre el mismo emplazamiento otra distinta, siguiendo un plan diferente; pero si las piedras se dejan transportar, no es tan fácil modificar las relaciones que se han establecido entre las piedras y los hombres. Cuando un grupo humano vive extensamente en un emplazamiento adaptado a sus costumbres, no solamente sus movimientos, sino sus pensamientos también se rigen a partir de la sucesión de imágenes materiales que les representan los objetos exteriores" (Halbwachs, 1968:137).

monumentalizar el espacio a partir de una intervención sobre este, y que inscribe en él una lógica de la memoria distinta a la cotidiana. En el prólogo a un libro justamente sobre monumentos y memoriales, Jelin y Langland plantean que

lo que intentamos comprender no es solamente la multiplicidad de sentidos que diversos actores otorgan a los espacios físicos en función de sus memorias, sino los procesos sociales y políticos a través de los cuales estos actores (o antecesores) inscribieron los sentidos en estos espacios –o sea, los procesos que llevan a que un "espacio" se convierta en un "lugar"–. Construir monumentos, marcar espacios, respetar y conservar ruinas, son procesos que se desarrollan en el tiempo, que implican luchas sociales y que producen (o fracasan en producir) esta semantización de los espacios materiales (Jelin y Langland 2003:6).

En la misma línea de argumentación, French (2012) propone que la memoria colectiva remite también a las ubicaciones semióticas, tanto discursivas como espaciales, en las que se desarrolla un debate con posturas a favor y en contra. Así, en el trabajo cotidiano de organizaciones que buscan indagar en un pasado histórico de violencia, del tipo de comisiones de la verdad, lo que está en juego son las representaciones del pasado narradas desde el presente y los recursos con los que diversos actores pueden respaldar sus posturas, sea desde el poder o desde un cuestionamiento a lo realizado desde instituciones del Estado.

Cabe enfatizar entonces que la fuerza del recuerdo social estriba en su carácter relacional, la capacidad para dotar a algo de sentido a partir de poner en juego diversos lenguajes (sensoriales, textuales, plásticos, arquitectónicos) que apelan a dimensiones sociales particulares. El recuerdo en esta dimensión social es conformado colectivamente al estar inscrito en la vida de un grupo y que, podríamos pensar, es necesario para su identidad. Este recuerdo es moldeado según las convenciones y normas existentes para llamar a algo "recuerdo". Estas normas no necesariamente son explícitas y, sin embargo, están presentes al dotar a un conocimiento sobre el pasado de cierta legitimidad colectiva. Para esto se hacen referencias a ele-

mentos significativos (fundacionales, de confrontación, de logros, lúdicos). Igualmente, cabe rescatar la idea de que el emplazamiento y el orden de objetos en el espacio material cotidiano son capaces de conformar una sucesión de imágenes que permanecen en el tiempo no solo para generar un paisaje mental perdurable, sino también para organizar ciertas formas de pensamiento social que emplean el espacio como recurso de estructura.

Otra dimensión más que quisiera explorar en relación con la memoria es la dimensión afectiva. Aquello que se recuerda está ubicado en una estructura o esquema relacional del cual deriva su sentido; ahora bien, cabe también preguntarse por la manera en que los sujetos se adhieren de manera particular a objetos, personajes o situaciones a través del recuerdo. Apunta Gutiérrez Vidrio que “En la rememoración, el involucramiento emocional desempeña un rol fundamental; aquellos acontecimientos que tienen un significado para nosotros como parte de una colectividad son los que se convierten en memorables” (Gutiérrez, 2012: 173). Una vez más emerge la idea del significado como estructurador no solo de la memoria, sino también del involucramiento emocional; un apego o una implicación afectiva sería condición para la formación de eventos, sensaciones o momentos recordables.

Igualmente, cabe reconocer, como lo han señalado ya diversos autores (véase Calderón, 2012), la dificultad inicial para definir aquello que podemos entender por *afecto*, ya que este no está constituido por un conjunto de fenómenos homogéneos y mensurables, sino que se constituye dependiendo del contexto, y por ello no significa lo mismo de manera persistente. En donde sí es posible encontrar algún tipo de consenso es en la reflexión de que la experiencia emocional es vista como el resultado de relaciones sociales (Calderón, 2012: 59), de forma tal que es posible verla más allá de un mero plano individual o psicologista. En el mismo sentido, Lutz y White reconocían décadas atrás la expansión del interés por abordar las intersecciones entre significados culturales y emociones a partir de afirmar que en múltiples acercamientos la emoción es “sobre” relaciones sociales: los “sistemas de significados sobre emociones reflejan estas relaciones y las estructurarán a través de la constitución de comportamientos sociales a partir de las emociones” (Lutz y White, 1986: 42).

Así, estaban dados ya tiempo atrás los primeros pasos para generar un enfoque que pensara la formulación cultural de las emociones en contextos sociales, postura que en la última década ha generado planteamientos relevantes.

Uno de ellos es el de Ahmed (2015), para quien es necesario, por un lado, superar la visión de que las emociones son individuales y por lo tanto deben entenderse en estos términos, y por el otro la idea de que es un algo que sale del interior hacia el exterior. De manera tal que si, por decir algo, estoy triste, esta emoción está en mí y luego la exteriorizo. Frente a esta postura es pertinente plantear, señala la autora, que las emociones “no deberían considerarse estados psicológicos, sino prácticas culturales y sociales” (Ahmed, 2015: 32). Sin embargo, son también algo más que la inversión del modelo previo, en donde ahora en términos sociológicos se puede pensar que las emociones “vienen” de afuera hacia adentro, ya que esto supone que la emoción es una propiedad, algo que se tiene, capaz de ser reubicada de un ámbito a otro. Una manera de abordar esa tensión es la propuesta de la autora de “un modelo de socialidad de las emociones en el que planteo que estas crean el efecto mismo de las superficies y los límites que nos permiten distinguir un adentro y un afuera en primer lugar” (Ahmed, 2015: 34). Es decir, las emociones crean las superficies y los límites sobre los cuales se dibujan, de manera tal que son no solo sobre el movimiento sino, de manera importante, también sobre “vínculos y lo que liga esto con aquello” (Ahmed, 2015: 36).

Así, interesa entonces insistir en que el afecto y la emoción son vínculos, formas de relación. En términos contemporáneos se busca plantear nuevas formas de entender este vínculo. Un acercamiento original es el propuesto por Pablo Fernández, quien reconoce que “sentir” es ser impactado por algo, es aquello que sucede demasiado cerca. Esta cercanía y capacidad de afectar es tal que es capaz de disolver fronteras entre un afuera y un adentro: “sentir es la percepción que unifica interocepción y exterocepción en una misma instancia” (Fernández, 2000: 28), configurando así una unidad. Prosigue el autor: “lo que se disuelve es uno mismo, es decir, quien siente, llamado también observador o sujeto. El sujeto afectivo se vuelve sustancia del mismo objeto y este último es el que en todo caso actúa, el que tiene las riendas, quien deviene sujeto” (Fernández, 2000: 30). El

afecto aquí es pensado como aquello que supera una dimensión relacional, va más allá y propone la emergencia de una unidad existente en sí misma, conteniendo sujeto y objeto, propiedades y estructuras de asimilación. Este proceso encuentra una expresión elocuente al proponerlo como un *magma afectivo* que contiene una afectividad general y difusa, no alcanzada por el lenguaje. Esta idea de una afectividad amplia y amorfa está también en relación con los estados de activación de las multitudes descritos por la psicología de las masas, en la vertiente analítica de Gustav Le Bon. Es sugerente que en esta postura el afecto esté pensado como cercanía y disolución; implicaría que es un estado con una temporalidad dada por la permanencia de la indiferenciación. Podría pensarse entonces que en la medida en que esta indiferenciación continúe, la memoria se encuentra activada, y al cesar se hace presente el olvido.

En las posturas de los dos últimos autores el afecto es algo que acerca y supone algún tipo de implicación, de afectación, y para hacerlo crea un ámbito, un entorno, en el que esa cercanía es posible. La propuesta de Ahmed sobre la socialidad de las emociones es interesante porque permite contar con un marco social para el análisis de las emociones, al situarlas justamente como parte de las relaciones sociales y por la manera en que definen las relaciones entre sujetos.

Recuperando los planteamientos previos y considerando el vínculo analítico que se busca establecer entre memoria y afecto en relación con entornos urbanos, se tiene que es posible pensar el afecto como un vínculo, una relación. Igualmente, el afecto plantea la capacidad de hacer referencia a un significado más allá de la literalidad de la enunciación. La expresión de lo afectivo no cabe en la mera referencia a una calle, o una plaza, o un encuentro; es más bien en la conjunción entre afectividad y memoria, en relación con el significado, que se crea una evocación plena de sentidos.

Puede plantearse igualmente que la memoria crea afectivamente una sensación personal y social de temporalidad. Esto es particularmente relevante en aquellos casos en que las transformaciones urbanas a nivel local o metropolitano son persistentes. Del mismo modo, la relación memoria-temporalidad también está presente ahí en donde el paseante puede constatar cambios y persistencias en el entorno; así, no hace falta que todo cambie, también la permanen-

cia hace emerger, por contraste, la sensación de temporalidad. Este par de situaciones implica de inicio también la posibilidad de hablar de un repertorio de temporalidades afectivas urbanas al que el habitante tiene acceso en los traslados y que señala una sofisticación en la manera de insertarse en los tiempos de la ciudad a partir de modalidades no lineales.

La intersección entre memoria y autobiografía localizada en lugares produce también intensas referencias afectivas. Personas, lugares y situaciones adquieren una pátina afectiva al ser recreadas desde una temporalidad que conjuga pérdida y transformación. Como se verá más adelante al presentar la información empírica, la situación de volver a lugares y reflexionar sobre ellos no ocurre desde una vertiente dramática, a la manera de una epifanía sobre lo que hace el tiempo, sino asimilada a una cotidianidad en la que coexisten múltiples temporalidades.

Valga todo lo anterior para poner el acento en cómo los ciudadanos se relacionan con las transformaciones en contextos urbanos particulares, sean locales o metropolitanos. Esto nos lleva a pensar la pertinencia de reflexionar en cómo la vida afectiva, a través del recuerdo, y la vida urbana, corren paralelas.

Memoria y lugares

La expresión *lugares de memoria* acuñada por Pierre Nora ha contribuido a pensar de manera intensa la relación a la que remite. Para Nora, el haber puesto en boga el término cumple una función estratégica en la medida en que el énfasis en los lugares de memoria ocurre en un momento en que el acercamiento social al pasado se realiza por medio de conmemoraciones, aniversarios y archivos. Los lugares de memoria surgen de una voluntad de recordar, de un propósito de rememorar el pasado de cierta forma, usualmente con una base espacial. Afirma Nora: "Los lugares de los que hablamos son múltiples, híbridos, mutantes relacionados íntimamente con la vida y la muerte, con la vida y la eternidad; enmarcados en una banda de Moebius de lo colectivo y lo individual, lo sagrado y lo profano, lo in-

mutable y lo cambiante. [...] El propósito fundamental de los lugares de memoria es detener el tiempo a través de capturar el máximo de significado con los menos signos" (Nora, 1989: 19). Cabe señalar que la memoria en esta relación con los lugares es concebida en constante disputa con la historia. A la memoria se le relaciona con lo vital, las transformaciones, inserta en la dinámica de olvido y recuerdo; se aglutina en lo concreto, espacios, gestos, imágenes y objetos.

Los lugares de memoria remiten a un proceso de demarcar un espacio fuera de lo cotidiano y de las redes de significado de lo inmediato, para realzar una temporalidad y un sentido particular desde la voluntad de recordar. Son espacios que se "crean" o reconocen desde la tensión entre lo ciudadano y lo programático; lo ciudadano aporta la vitalidad y significación con el fluir de los días; lo programático, con el proyecto de inscribir en el lugar cierto pasado. Se trata entonces de un pasado localizado en el espacio bajo cierta lógica social propuesta por actores específicos.

El vínculo entre lugar y memoria no se agota con la mera referencia a los trabajos de Nora. Siguiendo a Halbwachs es también posible interrogarse sobre lo que los lugares le hacen a la memoria, y también la pregunta inversa, lo que la memoria le hace a los lugares (Truc, 2012). Con respecto a la primera pregunta, más allá de lo ya apuntado en este texto, cabe señalar el papel que juega la forma material de los lugares para contener, constreñir y eventualmente alterar la memoria. Sucesos que se recuerdan ocurren en algún lugar específico; si este lugar desaparece, la memoria no tendría ya en dónde hacerse visible, y si no se encuentra algún nuevo lugar que la contenga, desaparecerá. Es también importante rescatar en la dualidad lugar-memoria el papel que tiene marcar simbólicamente los espacios urbanos. Valoraciones y afectos en relación con los lugares son dibujados simbólicamente en estos, a partir de algo que se puede llamar aura o sensación, y estas valoraciones se van transformando a través del tiempo a partir de la acción de aquellos que participan de estos recuerdos.

Por lo que toca a la segunda pregunta, lo que la memoria hace a los lugares, la respuesta se condensa en el término "memorialización" (Truc, 2012). Esta designa las acciones y los rituales, como depositar flores y velas en un lugar significativo luego de un evento

social importante que se busca resaltar. Actos de peregrinaje también acompañan a la memorialización, de forma tal que el cuerpo en su desplazamiento actúa el recuerdo y participa del proceso de crear y mantener significaciones en el lugar a través del tiempo.

Del mismo modo en que la materialidad y las marcas son importantes como parte del proceso de vincular lugar y recuerdo, Lindón (2015), a partir de un trabajo de investigación en la periferia metropolitana de la Ciudad de México, reconoce la narrativización y la simbolización como elementos de la memoria colectiva de los lugares. La narrativización alude al proceso en que un evento es puesto en discurso y circula más allá de los sujetos que presenciaron este acontecimiento inicial, y la simbolización es el proceso por el cual lo narrado adquiere una localización que permite reconocer y evocar lo ocurrido en el pasado. Estos procesos son importantes al establecer relaciones entre biografías asentadas en el territorio y procesos de consolidación urbana a escala local. Hay un diálogo persistente de puntos de referencia personales con los urbanos, se moldean y construyen mutuamente.

Caminar, memoria y afectos

Antes de exponer y analizar la información originada en las entrevistas que se realizaron sobre la práctica de caminar en la Ciudad de México, convendría hacer un conjunto de precisiones de tipo metodológico, dado que la estrategia de producción de información incide en el tipo de inferencias que se pueden realizar de ella. Cabe señalar que la unidad de análisis con la que se trabajará es la del caminante en sus desplazamientos, ya sean cotidianos o bien elegidos por su carácter significativo, o simplemente evocados en relación a un periodo de vida del entrevistado. En todo caso, se trata de sujetos que en los testimonios que brindan se desplazan por la ciudad en el presente o en el pasado, y al hacerlo iluminan áreas urbanas y periodos de su biografía con la misma intensidad. En sus evocaciones se entrelazan con persistencia recuentos biográficos y eventos relevantes en la vida de la ciudad narrados desde una voz individual.

Maurice Halbwachs opone la memoria colectiva a la memoria individual y establece una frontera entre ellas. Sin embargo, en este texto preferiría plantear un entrelazamiento de ambas formas de memoria, e incluso no pensar en memoria individual, sino autobiográfica, y así evitar caer en una dicotomía radical y rescatar la fluidez en la evocación de momentos de vida y contextos socioespaciales.

El tipo de desplazamiento en el que emergen los recuerdos se puede englobar en la categoría de paseo, es decir, ir a pie sin la presión del tiempo, o de algún tipo de actividad de corte instrumental por realizarse. Es justamente entonces cuando se tiene tiempo para caminar, que se puede recorrer el tiempo, hacer memoria y reflexionar sobre ello. El recuento de los desplazamientos instrumentales, el ir hacia alguna actividad cotidiana y estructurada por el tiempo institucional, es usualmente breve, sin aportar detalles y evaluado como rutinario y sin interés. Igualmente, cabe hacer notar que al inicio, en las primeras entrevistas, se encontró un extrañamiento frente a las preguntas sobre el hecho de caminar. Este acto está naturalizado, así que no se le cuestiona ni se reflexiona sobre él. No fue sino hasta que se le ubicó en torno a rutinas cotidianas (¿cómo son su desplazamientos cotidianos a pie?, ¿hacia dónde va?) que el discurso fluyó con facilidad; planteado en abstracto (¿cómo camina?) no remitía a nada en particular.

El pasado y la memoria en los lugares

Hay lugares en la ciudad que, a partir de una atmósfera dada por la arquitectura, su carácter patrimonial en algunos casos y por las imágenes que se tienen de ellos, se les identifica como portadores de una idea de pasado. Se acude a ellos justamente buscando esta atmósfera, que en muchos casos es narrada casi como una forma afectiva, capaz de contener múltiples referentes que remiten al pasado. Es en este tipo de lugares que se crea una densa red de referencias en las que emergen no solo evocaciones vinculadas con ese lugar en particular, sino que el lugar permite asociaciones con temporalidades

y espacialidades diversas, a la manera de un palimpsesto o de un caleidoscopio.

Un caso que ilustra lo anterior puede ser el de Arturo, psicólogo de veintisiete años, que vive en el municipio de Ecatepec, al norte de la Ciudad de México. Al momento de hablar de sus desplazamientos cotidianos pone mucho más énfasis en la descripción del barrio en el que se ubica su trabajo, en el centro de la delegación Tlalpan, que en el de su residencia. Al caminar hacia la plaza principal de Tlalpan aprecia las construcciones antiguas, la atmósfera de tranquilidad, los árboles. Mirar hacia adentro de los terrenos y las casas brincando con la mirada las bardas que delimitan las construcciones hacia el exterior es ingresar en otro orden de objetos y en una temporalidad privada, en donde las cosas se suceden en otro ritmo. En el transcurso de la entrevista, al preguntarle sobre recuerdos en relación con el caminar, aparecen diversas historias. En ellas la constante es la presencia de amigos y amigas en relatos acerca de salir a la media noche por barrios tradicionales, o evocar caminatas, también nocturnas, llenas de enojo después de discusiones familiares. La amistad que está en relación con los descubrimientos de la ciudad de noche, o el coraje mientras se camina, son estados afectivos profundamente entrelazados con espacios y recuerdos. Es difícil separarlos, constituyen una forma, una entidad en sí mismos.

Por otro lado, en el ámbito local, transitar cotidianamente por los mismos lugares, siguiendo eventualmente las mismas rutas, no necesariamente implica una pérdida del carácter evocador de estos sitios. Habitar toda la vida el mismo barrio construye una densa red de significaciones para los habitantes. Inés, una joven de 25 años y estudiante universitaria, ha vivido toda su vida en un pueblo originario, al suroriente de la ciudad. Para ella, recorrer una colonia contigua hace emerger un conjunto de evocaciones afectivas, sensoriales, de atmósferas que marcan el paso del tiempo, en una dinámica de presencia y ausencia.

Por mi casa, ahí está otra colonia... entonces, en esa colonia me hace recordar muchas cosas porque, bonitas, porque cuando yo era joven, bueno, cuando tenía como entre 16, 17 años, esa edad, este, pues, ahí tenía, bueno, en esa colonia tenía muchos amigos. Ahorita ya no

mucho, porque ya se casaron y ya es así como de hola y adiós, pero yo jalaba mucho para allá, o sea, cuando yo era joven, ¿no? Entonces, este, pues, a mí me gustaba mucho ir ahí, a ese lugar, me gusta mucho este, ¿cómo te diré?, la calle, no sé, porque hay muchos árboles y porque todavía hay así como chinampas y todo eso, entonces a mí me gusta eso, entonces, cuando yo recuerdo que cuando yo iba ahí a mí me gustaba porque tenía muchos amigos y, este, pues, siempre así que habían las ferias, ya ves que típico, la feria de tu colonia, cuando le tocaba la feria a ellos, o las posadas, pues siempre me la vivía ahí, o sea, siempre, así de que “mamá, ahorita vengo” ... Entonces, pues sí, cuando paso ahí, es así como que me acuerdo mucho, me acuerdo mucho de antes y bueno, también así, como que ¿por qué ahí?, bueno, de ahí yo tenía un novio, entonces, ese novio lo quise bastante, bastante, bastante, nada más somos amigos ahorita, pero o sea, sí me trae muchos recuerdos, o sea, cuando estamos juntos, cuando iba a su casa, cuando íbamos a las posadas, a la feria o que hacíamos unas reuniones y pues ahí estábamos así. Y me trae buenos, buenos recuerdos.

Para dar un poco más de contexto a esta cita en extenso cabe mencionar que Inés se levanta a las 4:30 de la mañana y sale a las 5:30 de su casa, se sube al metro en el que “te aplastan sin piedad”, busca llegar a la universidad a las 7:00 de la mañana, y si se atrasa no puede entrar al salón. Vive con sus padres y tiene un hijo de seis años. Pasa a buscar al hijo a la escuela, de horario extendido, a las seis de la tarde. Describe su vida como intensa, llena de cosas que hacer y el transporte diario es muy pesado. Según lo descrito, hay una vida social local muy intensa de la cual participan los vecinos y que se convierte en una instancia de socialización interpersonal, amigos, noviazgos, al tiempo que va marcando los lugares con las evocaciones de lo ahí ocurrido y los afectos vinculados a ello. Con todo, las evocaciones que surgen al desplazarse por las calles no están todas orientadas por la nostalgia, se mencionan casos de asaltantes golpeados al ser atrapados por los vecinos o un cuerpo sin vida dejado cerca de su casa. La memoria es parte entonces de la autobiografía y de la vida en el barrio, se actualiza con el fluir de la vida de local y deja una fuerte sensación de temporalidad. Señala: “[El edificio de]

la iglesia me recuerda algo que ya no hay, o sea, ¿cómo te diré? Algo que yo puedo encontrar, que aún sigue aquí de cuando yo era niña, ¿sí me entiendes?”

En otro contexto espacial se tiene que el centro de la Ciudad de México, al recorrerse a pie, genera una gran cantidad de referencias al pasado: se convoca un pasado social que se ubica muy cerca de la historia, a través de referencias a monumentos, conmemoraciones e hitos en la temporalidad reciente de la ciudad. Rasgos de una memoria común, colectiva, emergen al reseñar movilizaciones sociales, marchas, acontecimientos cuyas marcas aún pueden ubicarse en la superficie de las calles, como las del terremoto de 1985. En la intersección con las dimensiones previas, los elementos autobiográficos dotan de nitidez la reconstrucción del pasado al aportar elementos sensoriales, afectivos y situacionales precisos que permiten darle forma al pasado y hacerlo comunicable. La asistencia a festividades del 15 de septiembre en el Zócalo, el sonido del organillo, el olor de las galletas de maíz cocidas frente a los transeúntes, todo ello evoca a la familia en un momento de su vida, y vuelve familiar al lugar. En cada uno de los entrevistados que rememora el centro de la ciudad hay algún elemento que lo define de manera personal: atmósferas del Zócalo en la madrugada, en donde se conjuga el sonido de los diablos, o cargadores, con la luz; los camiones amarillos circulando por las calles.

Incluso hay recuerdos que buscan un referente en donde hacerse visibles. Maurice Halbwachs propone en la introducción a *La topografía legendaria de los evangelios en tierra santa*: “Si, como lo creemos, la memoria colectiva es esencialmente una reconstrucción del pasado, si ella adapta la imagen de los hechos antiguos a las creencias y a las necesidades espirituales del presente, el conocimiento de aquello que estaba en el origen es secundario, si no es que inútil, ya que la realidad del pasado no se encuentra ahí, como un modelo inmutable al que habría que conformarse” (Halbwachs, 1971: 2). Esta idea es relevante, ya que da pautas para entender la colocación de marcas del pasado ahí donde, en sentido estricto, no pertenecen. Hay un edificio alto, grande, abandonado en un extremo del perímetro del centro de la ciudad (Eje Central y Arcos de Belén) que en los relatos de varias entrevistas aparece como dañado por el sismo de

1985. Sin embargo, el abandono del edificio no data de ese evento. Se trata entonces de una marca material a la que se le atribuye un significado que, en términos históricos, no le corresponde y que, sin embargo, permite hacer visible una memoria que es importante para los transeúntes de esta zona de la ciudad.

En relación con la manera en que los habitantes de un sitio urbano son capaces de recordar un lugar y los elementos que inciden en la persistencia de una valoración particular, De Alba (2010) se pregunta por la relación entre la representación de un lugar y los procesos de memoria. En un caso del centro de la Ciudad de México que se aborda en su estudio, los adultos mayores entrevistados se vinculan a este espacio a través de la memoria principalmente a partir de elementos autobiográficos y afectivos y, en menor medida, del carácter monumental e histórico del contexto espacial. Del mismo modo, el proceso de monumentalización de este espacio ha significado para los habitantes mayores una suerte de pérdida del lugar, ya que las acciones estructuradas desde actores externos han resultado en una disminución de actividades que constituían parte de la vida de barrio.

Resulta interesante el contraste entre ambas ubicaciones con respecto a la memoria en el centro histórico. Para aquellos que viven en la ciudad, pero no en el centro, las visiones del pasado encuentran su punto de expresión justamente en los monumentos y las grandes marcas históricas; para los habitantes, es su propia biografía inscrita en el espacio lo que señala no solo otra dimensión de la memoria, sino también otra escala social, más cercana a lo íntimo.

Memoria de lo ausente

La evocación del caminar en diferentes momentos de la vida no solo produce referencias a objetos, sensaciones o escenarios puntuales, también produce narrativas, como lo señala la referencia al trabajo de Lindón (2015). Hay entonces reconstrucciones de eventos, de extensión variable, en las cuales aparecen pequeños relatos, pequeñas historias en las que algo se cuenta. Alguna aventura, descubrimiento,

transformación personal, suelen encapsularse en estas narrativas. Cuando el entrevistado ha vivido toda su vida en la misma zona de la ciudad, sea en la misma casa o simplemente en el mismo barrio, tiene entonces la posibilidad de conocer las transformaciones o los cambios ocurridos en ese espacio. Las narraciones que se cuentan suelen ocurrir en estos espacios locales, son su escenario.

En la situación de habitar un entorno local durante toda la vida es común reseñar desplazamientos peatonales de la infancia para ir a la escuela, para jugar, en compañía de hermanos o compañeros y señalar que ese paisaje ha desaparecido. En algunos casos, en la periferia oriente de la ciudad, la transformación ha sido radical. Una entrevistada de 56 años cuenta entre risas que para ir a la escuela atravesaba un campo de maíz, cuidando no pisar el lodo y manchar el uniforme. Actualmente aquel campo de maíz ya no está, en su lugar se ubica una tienda departamental.

En los relatos de este tipo es interesante constatar el tono afectivo que rodea el recuento de ausencias. Por lo general, estas desapariciones se hallan naturalizadas, no hay una reflexión clara sobre lo ausente. Priva, en todo caso, cierto disfrute al contar las aventuras infantiles y adolescentes. El gusto por la recreación, más que alguna sensación alrededor de los cambios, domina el tono del relato.

Igualmente, hay lugares preservados en la memoria y a los que se procura volver. Existe en el regreso una sensación de alegría, en donde el volver se vincula con la experiencia de recuperación de algo afectivamente cercano.

Hay otros casos en que la recreación del espacio en el pasado es nítida y, sin embargo, el espacio local del presente es experimentado de manera difusa o de plano inexistente. Aurora, de 44 años, quien vive en el municipio de Nezahualcóyotl y trabaja en la Central de Abasto, recuerda que

desafortunadamente cuando venimos a Neza nos cambia toda la vida, y aun cuando tenemos años viviendo aquí, no, no salimos, no hay relación mucha, excepto que cuando nos venimos a vivir aquí nos traían al *Parque del Pueblo*, que fue así como que el lugar bonito para nosotros, pero fuera de eso, no te andamos en Neza, no te conocemos Neza, excepto las avenidas principales. Si tú me preguntas

sobre alguna colonia, no, entonces sí, ese parque en forma muy particular, me fascina, es más, ahí yo voy, y a la edad que yo tengo, me gusta sentarme en los columpios, sentir esa sensación que te elevas, que se te va la respiración, y empezar a recordar cuando era yo niña, cuando yo venía aquí, te acuerdas que te caíste, o sea, como que vienen a mi memoria todos los recuerdos, ahí sí para que veas, o sea, me gusta y me ocasiona mucha tranquilidad, me gusta.

La memoria actúa como único vínculo afectivo con el espacio en que se vive actualmente. La estructuración cotidiana de los tiempos y las distancias en la periferia urbana hace que la población trabajadora tenga una relación con su hogar y barrio predominantemente como dormitorio, e incluso los fines de semana optan por salir a caminar al centro de la ciudad, no en el espacio local. La memoria articula entonces una relación con el espacio local desde un pasado casi mítico, seguramente idealizado y, sin embargo, fundamental para generar algún tipo de arraigo con el espacio presente.

El evocar otros lugares en que se ha vivido fuera de la Ciudad de México condensa épocas de vida con atributos de los lugares. Son espacios de la niñez o la juventud que pueden contener tintes idílicos, de descubrimientos y que al mismo tiempo abren puntos de comparación con la localidad en que se vive actualmente. Son recuerdos que pertenecen a un tiempo y espacio distintos del actual; en su evocación hay implícitamente una apelación a una orientación de la experiencia en el presente, sea para ligarla con lo que hay o bien para encontrar deslindes.

Patricia es dentista, tiene 26 años y vive desde hace tres en la colonia Condesa; es originaria de la ciudad de Querétaro. Evoca los recorridos peatonales en su infancia en un pueblo de su estado natal

ahí viven mis abuelos, mis abuelos, ambos, paternos tanto del lado de mi papá y del lado de mi mamá y entonces generalmente yo caminaba mucho ahí, porque mis papás se sentían muy seguros como de dejarnos caminar ahí porque ellos crecieron ahí, porque es un lugar como muy pequeño ... entonces me gustaba mucho porque en las noches de, siempre íbamos los fines de semana, entonces nos quedamos en una de las casas de mis abuelas, llegábamos el sábado y

nos regresábamos el domingo en la tarde, entonces los sábados era muy padre porque se ponía en todo el centro, este, puesto de tacos y esquites y pambazos y todo, y sí, así de ritual íbamos a cenar ahí, este, entonces estaba bonito porque caminábamos por el centro, tiene una iglesia, un quiosco, ya sabes, como típico, que venden como globitos, y yoyos, cosas así...

En el recuento de sus actividades en el presente, en su colonia, existe una sensación de seguridad, de confianza, como si el barrio no estuviera en la Ciudad de México y fuera una pequeña ciudad en sí misma; prevalece la idea de tranquilidad. Puede pensarse que es una forma de recordar en donde la atmósfera mencionada se hubiera mudado ahora al presente, creando una continuidad más allá de la distancia. Por otro lado, Marco Aurelio, estudiante de sociología de 20 años y proveniente de una comunidad del estado de Guerrero, comenta:

Bueno, sobre todo aquí en la ciudad, lo que más he observado es que las distancias son un poco más largas de lo que yo estaba acostumbrado. También el entorno cambia demasiado. Por ejemplo, yo venía de un pequeño pueblo donde una u otra calle está pavimentada, y aquí pues todas las calles están asfaltadas. Luego también la forma de vestir de las personas es muy diferente. También, por ejemplo, la forma de ir caminando y no saludar a nadie porque no lo conoces, ¿no?, cuando, por ejemplo, de donde yo provengo, cada momento que salía pues, como era un pequeño pueblo, encuentro una persona e inmediatamente lo que haces es saludarla porque se conocen entre todos. Eso también he observado. Aquí vas caminando y vas esquivando personas.

Más que encontrar una rememoración a detalle, este fragmento muestra el empleo de las experiencias en el poblado de origen como una manera de ubicar las características de la práctica actual del caminar en donde las vivencias previas sirven como punto de comparación, e incluso de lección moral: en el pueblo se saluda al vecino; en la ciudad, se esquiva.

Igualmente, la evocación de caminatas en la infancia tiene un tono afectivo al interrelacionar vínculos familiares y lugares recorridos. Ya en otro texto (Aguilar, 2016) abordé el tema del caminar y la sociabilidad; cabría rescatar simplemente la idea de que el caminar es una forma, un *embodiment*, del afecto espacializado. Caminar con alguien es hacerlo en algún lugar, compartiendo un ritmo de desplazamiento y una atmósfera sensorial; la sincronización entre todos estos elementos hace que en muchos casos el recuerdo, o su reconstrucción, sea armonioso. Cuenta Ulises, periodista jubilado de 70 años que vive en la colonia Condesa

Bueno, habremos ido en los sesenta, yo tendría nueve años. Se inauguró La Exposición Alemana en la Ciudad Universitaria y tuvimos problemas ahí para regresar pues, y nos regresamos caminando a casa... aquella caminata la recuerdo muy bien, de pronto sí rene-gué pero luego la disfruté, caminando con mi padre, desde Ciudad Universitaria que estaba lejísimos. Bueno, sigue estando a la misma distancia pero no había tanta forma de transportarse como ahora... Caminamos muchísimo mi papá y yo para llegar a la casa. Fue la primera gran caminata que me acuerdo. Y desde entonces le tomé gusto al caminar. Y sigo caminando cada vez más.

En la dinámica presencia-ausencia el recuerdo recupera ambas dimensiones, la distancia a Ciudad Universitaria sigue siendo la misma, y la Ciudad Universitaria sigue estando ahí; sin embargo, la presencia con la que se realizó la caminata ya no está, con todo, y caminar permite recuperarla de alguna manera, y se sigue caminando dentro de un afecto.

Para concluir

A partir de lo desarrollado en el texto bien valdría la pena preguntarse desde qué ciudad se conforma una memoria urbana en sus múltiples escalas. No se trata de establecer una relación mecánica o lineal entre tipo de zona que se habita, condición socioeconómica,

edad o género y formas de movilidad. Sin embargo, estas condiciones permiten recordar ciertas cosas y de cierta manera, y no de otra. Valdría la pena entonces profundizar en la memoria como práctica en múltiples dimensiones: colectiva, biográfica.

Poner en juego la relación memoria y afecto ha mostrado diferentes niveles de análisis posibles. Por un lado, reconocer la entidad afectiva que se construye desde la cercanía de lo ausente, evocaciones que no tienen un límite preciso al poner en relación un conjunto amplio de elementos. Con todo, una ciudad que se transforma de manera incesante y habitantes que atraviesan en ella diferentes momentos en su ciclo de vida personal produce una temporalidad que remite continuamente al pasado. En los contextos de vida analizados, las personas no se ubican frente a estas transformaciones desde una perspectiva de pérdida, sino desde una evocación cercana a lo lúdico. Esto hace pensar en que la rememoración del pasado resulta en heterotopías, configuraciones de espacio-tiempo que representan un orden en el que priva una otredad temporal.

Bibliografía

- AGUILAR Díaz, Miguel Angel (2016), "El caminar urbano y la sociabilidad. Trazos desde la ciudad de México", *Alteridades*, núm. 52, pp. 23-33.
- AHMED, Sara (2015), *La política cultural de las emociones*, México: UNAM.
- CALDERÓN, Edith (2012), *La afectividad en antropología. Una estructura ausente*, México: CIESAS.
- DE Alba, Martha (2010), "Sentido del lugar y memoria urbana: envejecer en el Centro Histórico de la Ciudad de México", *Alteridades*, núm. 39, pp. 41-55.
- FERNÁNDEZ Christlieb, Pablo (2000), *La afectividad colectiva*, México: Taurus.
- FRENCH, Brigittine M. (2012), "The semiotics of collective memories", *Annual Review of Anthropology*, núm. 41, pp. 337-53.

- GIMÉNEZ, Gilberto (2009), "Memoria, relatos e identidades urbanas", *Versión*, núm. 23.
- GUTIÉRREZ Vidrio, Silvia (2012), "Memoria colectiva y afectividad", en Juana Juárez Romero, Salvador Ariga Bernal y Jorge Mendoza García (coords.), *Memoria colectiva. Procesos psicosociales*, México: UAM-I/ Porrúa.
- HALBWACHS, Maurice (1968), *La mémoire collective*, París: Presses Universitaires de France.
- HALBWACHS, Maurice (1971), *La topographie légendaire des évangiles en terre sainte. Etude de mémoire collective*, París: Presses Universitaires de France.
- JELIN, E. y V. Langland (2003), "Introducción: las marcas territoriales como nexos entre pasado y presente", en E. Jelin y V. Langland (comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid: Siglo XXI Editores.
- LINDÓN, Alicia (2015), "Del cronotopo fundacional a la construcción socioespacial del territorio vallechalquense", en Alicia Lindón y Cristóbal Mendoza (coords.), *La periferia metropolitana: entre la ciudad prometida y un lugar para habitar la Ciudad de México*, México: Gedisa.
- LUTZ, Catherine y Geoffrey White (1986), "The anthropology of emotions", *Annual Review of Anthropology*, núm. 15, pp. 405-36.
- MENDOZA, Jorge (2015), *Sobre memoria colectiva. Marcos sociales, artefactos e historia*, México: Universidad Pedagógica Nacional.
- NORA, Pierre (1989), "Between memory and history: les lieux de mémoire", *Representations*, núm. 26.
- PROUST, Marcel (1972), *Du côté de chez Swann*, París: Gallimard.
- SOLNIT, Rebecca (2000), *Wanderlust. A history of walking*, New York, Penguin Books. [Traducción al español: *Wanderlust. Una historia del caminar*, trad. Andrés Anwandter, Madrid: Capitán Swing, 2015].
- TRUC, Gerome (2012), "Memory of places and places of memory: for a Hallbwachsian socio-ethnography of collective memory", *International Social Science Journal*, vol. 62, núms. 203-204.

CAPÍTULO III

Emociones y movimientos sociales

MARGARITA ZÁRATE¹

Las emociones son fenómenos multidimensionales. En parte, las emociones son estados afectivos subjetivos, hacen que nos sintamos de cierta manera; por ejemplo, rabiosos o felices. Las emociones también son respuestas biológicas, reacciones fisiológicas que preparan al cuerpo para la acción adaptativa. Cuando sentimos emoción, nuestros cuerpos están en un estado de activación que no se da en ausencia de emoción; nuestro corazón empieza a latir con fuerza, los músculos se tensan y la respiración acelera su ritmo. Las emociones también son funcionales, igual que lo es el hambre. La rabia nos prepara para la lucha contra un enemigo y el miedo nos prepara para huir del peligro. Finalmente, las emociones son fenómenos sociales, producen expresiones faciales y corporales que comunican nuestras experiencias emocionales internas a los demás.

Rosemberg, 2013:186

En este trabajo discutimos el papel de las emociones en los movimientos sociales. Se revisan algunas aportaciones sobre la definición de las emociones, y contribuciones acerca de su papel en las movilizaciones sociales. Se ejemplifica con algunos movimientos sociales que apelan explícitamente a las emociones para movilizar. Como

¹ Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Departamento de Antropología.